

Pilar Malla

Coherencia de vida y mundo de los pobres

J. I. González Faus *

Pilar Malla nació en 1931 en Pont de Armentera (Tarragona). Pertenece al Instituto de Misioneras Seculares (IMS). Durante once años trabajó en Francia con los emigrantes españoles y en el Servicio Social Internacional. De vuelta a Barcelona fue profesora de Trabajo Social en el Instituto Católico de Estudios Sociales (ICESB). Durante tres años fue responsable de los Servicios Sociales de la Generalitat. Trabajó en Cáritas Diocesana de Barcelona como secretaria general y después asumió la dirección de la Institución. Fue diputada del Parlamento de Cataluña en la anterior legislatura y actualmente es "Síndica de Greuges" de Barcelona.

Perteneces a una Institución poco conocida: el IMS (Instituto de Misioneras Seculares). Sabemos que en tiempos de la lucha antifranquista, la policía la tomó por una de las incontables siglas de partidos políticos clandestinos que pululaban entonces. ¿Podrías explicar algo sobre el IMS y sobre tu decisión de vincularte a él?

Comenzaré contestando la segunda parte de tu pregunta –sobre la decisión de vincularme al IMS–, hablando de algunos valores del Instituto que para mí fueron –y continúan siendo– importantes para tomar la decisión de dar el paso de

**Catedrático emérito de la Facultad Teología de Cataluña.*

vincularme y permanecer, hace ya casi 50 años, en él. Intentaré explicar algo concreto sobre el proceso por el que me vinculé al Instituto y responder así de algún modo, a la primera parte de tu pregunta.

Viví un hecho en mis años de colegiala que he recordado siempre. En el colegio se nos invitaba a llevar una especie de dietario, donde anotábamos notas personales y desde luego, muy secretas. Tuve la impresión, o mejor, la certeza de que alguien había leído el cuaderno y así lo comenté con una maestra sabia. Obtuve por respuesta una reprimenda: no había motivo de qué preocuparse, puesto que al fin y al cabo los comentarios anotados serían como todos los de las demás y no tenían nada especial. No sé si recibí una lección de humildad o se castigó mi temprana autoestima. Lo cierto es que siempre he recordado la escena y he llegado a la conclusión de que mis motivaciones personales para seguir a Jesús o bien fueron bastante comunes entre la gente de mi generación o bien son patrimonio de todos los cristianos.

En mis años jóvenes fui miembro de la JOC, que me influyó mucho. Yo deseaba orientar mi vida para compartirla y ponerla al servicio de las personas que más lo necesitaran. Las frecuentes sesiones de revisión de vida, nos ayudaban a vivir la misión de los militantes como una tarea encomendada por la Iglesia a los cristianos comprometidos en la sociedad. Me costó mucho tomar la decisión de dejar a mis padres, pero necesitaba ampliar el horizonte en el que vivía y pensaba que para seguir a Jesús se podía renunciar a todo y en mi caso era renunciar a formar una familia. Esta opción me llevó tiempo y sufrimiento. Busqué dónde podría encajar mejor y el Dr. Jubany me orientó a conocer al IMS, que en sus inicios se llamaba Instituto de Misioneras Evangélicas. El nombre me gustaba. En Girona conocí a las primeras compañeras que trabajaban en el mundo obrero compartiendo el trabajo en las fábricas y viviendo en barrios muy pobres. Pronto me entusiasmé, aquello era lo que yo buscaba. Posteriormente pedí ingresar en el Instituto.

En el IMS he encontrado la ayuda para intentar una y otra vez estar en el mundo con un profundo sentido religioso, procurando vivir la consagración a Dios sin límites y sin miedos, con un espíritu amplio, universal, como recomendaba don Rufino¹ a las primeras misioneras. Me ha ayudado a adaptarme a las necesidades del momento y a responder en cada circunstancia de la vida a la realidad concreta. He encontrado en

1 Rufino Aldabalde Treco, sacerdote vasco, fundador, junto con M^a Camino Gorostiza, del Instituto de Misioneras Seculares (IMS).

el IMS la ayuda para vivir la certeza de que la misión es una tarea que nunca se acaba.

Un aspecto del IMS que debo destacar es el valor que damos actualmente a la comunidad. Llegar hasta ahí ha significado una tarea larga. La comunidad próxima es el espacio donde compartimos nuestra vida, buscamos la voluntad de Dios y nos ayudamos a ser fieles a nuestros compromisos. No fue así al principio del Instituto cuando la orientación que se daba era más individual y la comunicación entre nosotras era menos fluida. Gracias a la libertad y orientación del principio nos hemos ido adaptando a las necesidades del momento y se ha dado cauce a la vocación secular de cada una de las personas que forman el Instituto. Cuando la persona que dirige un grupo sabe que es un instrumento en manos de Dios para contribuir a crear la fraternidad humana, no cae en el absurdo de pensar que con él se acaba una labor, sino al contrario, cree que Dios continúa la historia en cada uno de sus hijos e hijas y no teme los cambios que son necesarios para dar respuesta a los hombres y mujeres en cada momento de la historia. Creo sinceramente que éste es el gran legado de don Rufino y María Camino que fueron los instrumentos que en su día Dios escogió para dar cauce a una forma de vivir la consagración que dejara a las personas libres de ataduras y prontas a la llamada de Dios en cada momento.

Tu primer trabajo misionero fue en París con la emigración española hacia fines de los años cincuenta. ¿Qué sacaste y qué aprendiste allí? ¿Cómo ves hoy el problema migratorio y todo el proceso que nos ha llevado de ser un país de emigrantes a un país de inmigrantes?

Estuve en París once años, desde septiembre de 1957 hasta agosto de 1968. Este período me enriqueció mucho. Desconozco si de haber vivido en otros ambientes hubiera sacado el mismo provecho que obtuve de mis años de convivencia con los emigrantes españoles. En París aprendí a escuchar, a ser capaz de admirar a los demás y a valorar las cosas pequeñas y concretas. Ciertamente que, con mis compañeras, llegábamos allí con el corazón abierto y muy dispuestas a "ser buenas de verdad". El concepto de espiritualidad que el Instituto nos había transmitido –espiritualidad abierta a todas las corrientes– me ayudó a insertarme sin miedo en las líneas espirituales que en aquel momento se vivían en Francia y concretamente en los barrios obreros de París y de las grandes ciudades. Así pude conocer y enriquecerme con el estudio evangélico del Prado al mismo tiempo que me familiarizaba con el sentido contemplativo de Foucault. Pronto opté por

alternar la lectura diaria que llamábamos espiritual, por una reflexión a partir de cuestiones que había vivido aquel día. Y recuerdo que un buen día caí en la cuenta de que debía cambiar totalmente de actitud; es decir, fui consciente del error que suponía vivir y actuar como si siempre tuviera que ser yo la que ayudaba a los demás, y me planteé acoger la vida de los demás como un valor y un don de Dios que debían interpelarme siempre.

El problema migratorio que vivíamos los españoles en Francia era muy similar al que se vive actualmente aquí. Las colas de centenares de extranjeros ante la Delegación del Gobierno de Barcelona para intentar "tramitar los papeles" me recuerdan las colas que me tocó hacer ante la Jefatura de Policía de París. Los problemas para acceder a la vivienda eran iguales o peores. Los españoles que no trabajaban en el servicio doméstico generalmente vivían en barracas o en camiones en la "campa", como decían los propios españoles, y no eran mejores que los campamentos de gitanos. Formaba parte en esta época de un grupo especializado dentro del movimiento de Acción Católica Obrera que se llamaba "Les plus pauvres" y eran los equipos que trabajaban con prostitutas, con españoles y con minusválidos.

Los inmigrantes en principio son gente con valor y generalmente con muchos valores y capaces de esforzarse para salir de la situación de pobreza material que sufrían en el país de origen. El motivo de la emigración es económico, el mismo que cincuenta años atrás. El dinero que los españoles ganaban en Francia lo mandaban a España y seguro que el esfuerzo de los emigrantes contribuyó al crecimiento económico de España.

La historia se repite y hoy es España la que recibe a los inmigrantes y es también la población inmigrante la que tiene mayor número de hijos, del mismo modo que cincuenta años atrás eran los españoles y portugueses los que tenían las familias más numerosas. Las dificultades que se viven en las escuelas y en los barrios populares –que son los que reciben el impacto de una llegada casi masiva de inmigrantes– son las mismas hoy que ayer, cambiando el lugar geográfico. La segunda generación de los españoles que emigraron durante los años sesenta y mitad de la década de los setenta están perfectamente integrados. La integración y la promoción han sido un proceso lento pero real. Durante el "mayo del 68" los piquetes de las grandes empresas estaban formados por españoles y portugueses. Recuerdo comentarios de varios amigos sindicalistas que expresaban la satisfacción que tenían al impedir la entrada en el recinto de la empresa a los dueños *"Sólo entran los que son necesarios para las medidas de segu-*

ridad y ime da un gusto!", decía un amigo de Burgos y padre de ocho hijos. Igual que entre nosotros ahora, los extranjeros hacían los trabajos menos cualificados, pero sus hijos tuvieron la oportunidad de tener una buena formación y actualmente los que optaron por quedarse en Francia tienen trabajos cualificados y están perfectamente integrados.

No obstante la inmigración de hoy en España y también en Francia, está en el momento más difícil y no hemos sabido ni acoger ni prever la llegada masiva de inmigrantes de los países pobres y tenemos una deuda con ellos. Andamos tan atareados con nuestro bienestar que no somos capaces de ampliar el horizonte y tener una mirada más universal. Creo que esto es el gran pecado de los países ricos.

Pasaste además una larga temporada como Responsable de Cáritas de Barcelona. Probablemente coincidió con la mejor época de muchas Cáritas españolas antes de que algunos obispos intentaran aguarlas. Te hemos oído decir que Cáritas era un observatorio privilegiado y aún más, una escuela donde se podía aprender muchísimo. ¿Qué aprendiste en ella? ¿Qué crees que debe ser una institución como Cáritas en la sociedad española de hoy?

En Cáritas partíamos del convencimiento de que Dios quiere que los seres humanos gocen de libertad y felicidad y por lo tanto nuestra acción social no podía ser otra que colaborar con el plan de Dios. Las personas que acudían a Cáritas evidenciaban una tras otra que el mal y el sufrimiento existen y dañan a las personas concretas. El misterio del mal contemplado desde Cáritas, no se podía negar –habría sido insensato–, pero sí se podía ayudar a hacerlo más llevadero.

Partiendo de este convencimiento el objetivo de Cáritas era ayudar a las personas que acudían a los servicios y que coincidían con las que tienen menos recursos económicos y personales. La necesidad era el único motivo de atención a las personas, por tanto no había discriminación de raza, origen o creencias. Recuerdo que a mosén Ventosa le gustaba citar una frase de san Juan Crisóstomo conservando el lenguaje de su tiempo: *"No damos limosna a las costumbres sino al hombre"*. Lo único que debe importar es la necesidad de ayuda.

Cáritas fue para mí un observatorio privilegiado y una escuela de vida que compartí con muchas compañeras y compañeros profesionales del trabajo social, pero también con personas que voluntariamente ofrecían su tiempo y su preparación profesional para colaborar en la labor de Cáritas.

Aprendí a no juzgar a las personas por sus comportamientos, considerando que la libertad personal queda muy limita-

da por la estructura de la propia personalidad y por el ambiente social en el que se ha vivido. Intenté tratar a las personas como quisiera ser tratada yo misma y esto comportaba poner los medios necesarios para salir de la situación de pobreza o marginación, es decir trabajar por la promoción personal o la integración en la sociedad según los casos. Es necesario compartir y dar a los pobres lo mejor que tenemos y ellos no han tenido nunca: competencia profesional, el trabajo bien hecho. La ayuda se tiene que hacer partiendo de las necesidades más urgentes y sin ser tacaños.

Si bien siempre he valorado el trabajo concreto a favor de las personas, confieso que me rebelaba –desde el laboratorio de Cáritas– al constatar las injusticias sociales y ver cómo es de injusta la distribución de la riqueza. Publicamos algunos estudios sociológicos e informes sociales que tuvieron muy buena acogida por parte de los políticos y de la sociedad en general. Y ello me llevó a pensar que quizás a nuestra sociedad le pasaba lo mismo que refiere la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro. El Evangelio no nos dice que Epulón fuera malo, sino que había un pobre en su puerta y que prescindió de él ¿No será que media sociedad desconoce la otra mitad, me preguntaba yo?

Pienso que el trabajo social tiene dos vertientes: actuar partiendo de la realidad para dar respuesta a los problemas concretos de los que necesitan ayuda, y dar una dimensión política a los problemas sociales y por tanto ser una voz que denuncie y alerte a la sociedad.

Me preguntas también qué debe ser Càritas en la sociedad española de hoy. Lo que voy a contestar muchas diócesis ya lo tienen presente. Para mí hay tres aspectos que son fundamentales y que Càritas no puede olvidar si quiere ser fiel a su misión.

Primero. Càritas debe poner siempre en el centro de sus objetivos, el servicio real a los pobres. Para ello debe partir de su realidad concreta y debe adaptar sus programas y su trabajo a las necesidades de ellos y no al revés. El objetivo de los servicios que presta Càritas, es conseguir que las personas recuperen una vida autónoma y que superen la situación de dependencia permanente.

Segundo. Debe trabajar para la instauración de la justicia. Por tanto no debe tener miedo a denunciar las situaciones de injusticia ante los poderes públicos y ante la sociedad en general.

Tercero. Sería bueno que Càritas se sumara a un terreno común de encuentro de todas las instituciones que quieren trabajar por la defensa de los derechos de las personas.

Luego aterrizaste en la política. No por pertenecer a un partido, sino a petición de Pasqual Maragall entraste en las listas del PSC y acabaste de parlamentaria. ¿Qué impresiones y qué lecciones sacaste de lo que es la vida política vista desde dentro? En el Parlament català contactarías con algún grupo de políticos cristianos, suponemos que minoritario: ¿cómo ves su presencia y sus problemas en ese mundo de la política que antaño fue llamado por un papa "lugar de la caridad?"

Siempre he pensado que el compromiso social de los cristianos debe tener diferentes manifestaciones y estoy convencida de que tan necesaria es la acción concreta con las personas que necesitan ayuda como el trabajo colectivo o la implicación política. Por ello creo que es bueno que entre los cristianos comprometidos con el mundo de los pobres, algunos de ellos se impliquen en la dimensión política. Ése fue el argumento que usó Pascual Maragall para pedirme que formara parte de las listas al Parlamento de Cataluña del año 1999. Me recordó que yo había dicho muchas veces que el problema de la pobreza era un problema político y añadió: "Si lo crees así da la respuesta que debes".

Los diputados del Parlamento tienen una representación territorial y unos encargos sectoriales. Los pobres no tienen territorio, no votan, están ausentes de las preocupaciones de la mayoría de la ciudadanía y también del Parlamento que es la representación del pueblo. No hay mala voluntad, lo que ocurre es que se desconoce la realidad. El conocimiento de la pobreza que tienen muchos parlamentarios a menudo proviene únicamente de los datos que dan los medios de comunicación. Por ello es necesaria y urgente la implicación política de los que quieren trabajar por la justicia y los cristianos no podemos evadirnos.

Yo he tenido la inmensa suerte de que el objetivo de mi campo de trabajo ha sido el de ayudar a los sectores más pobres de la población. Y, metida en esta realidad he comprobado cómo la mayoría de las veces las causas de la pobreza y de la marginación son estructurales y vienen a agravar los problemas de personalidad, de conductas asociales, de falta de formación. Es decir, la no-existencia de una política social amplia repercute directamente en los sectores más desprotegidos de la sociedad. Urge pues la acción política.

Creo que la política es, o debería ser, el mejor lugar de ejercer la caridad, como dices que afirmaba un Papa. Me preocupa que los cristianos a menudo pasamos más tiempo contemplando nuestras buenas obras que buscando donde podemos ser más eficaces, aunque en teoría estemos de acuerdo en que

la pobreza es un mal. No se trata de que uno trabaje por la justicia, sino de que haya justicia. Y la política es el lugar privilegiado para trabajar a favor de la igualdad, la solidaridad y la justicia. No obstante los cristianos parecemos los "ausentes" de la vida política y no nos faltan motivos para militar aunque esto nos complique la vida.

Ahora, desde el atardecer de la vida, donde aprendimos con Juan de la Cruz que se nos va a juzgar del amor, ¿qué testimonio quisieras dar de lo que ha sido para ti la fe cristiana? ¿Qué opinas de lo que será la Iglesia del mañana? ¿Y de la sociedad a la que nos estamos encaminando?

La fe cristiana es para mí el mayor don de mi vida, pero también ha sido motivo de mucho sufrimiento. Hasta que acepté que la fe no es una certeza evidente y que la grandeza de Dios hace que sea incomprensible para los humanos, no fui capaz de vivir en paz.

Me preguntas qué testimonio quisiera dar en este momento de mi vida: quisiera transmitir la certeza de que todo nos ha sido dado y que somos fruto de unas circunstancias concretas. Mi vida, como la de todo el mundo, se ha hecho día a día. Si me preguntasen en qué momentos de mi larga vida me he sentido mejor no sabría que decir. Siempre he procurado hacer todo lo que estaba a mi alcance en la tarea que tenía delante, pero pocas veces he escogido la tarea, la he aceptado. Me han confiado más responsabilidades de las que nunca pensé ejercer. He intentado querer mucho a las personas que tenía al lado en todas las épocas de mi vida. Éste es el camino que me seduce de las enseñanzas de Jesús.

Sobre lo que opino de lo que será la Iglesia del mañana, no sé precisar si se trata de una opinión o quizá de un deseo. Pero yo sueño y creo que la Iglesia será el conjunto de cristianos que intentan vivir el camino de Jesús, personalmente, y que comparten la fe dentro de una comunidad de referencia o en un núcleo determinado. Hablar de la Iglesia del mañana me invita a decir lo que me hace sufrir de la Iglesia hoy. Creo que el gran error de la Iglesia actual es la falta de pedagogía que hace imposible la comprensión del mensaje cristiano porque, antes de entrar en él, hay que salvar el muro de las prohibiciones, que es tan alto que no hay quien lo franquee. Sería deseable que la Iglesia aceptara a todas las personas de buena voluntad y las acercara al conocimiento de Jesús. Poco a poco cada cual irá haciendo su camino. Quede claro que defiende la existencia de una jerarquía que presida la comunidad y confirme a sus hermanos en la fe. Pero los obispos deberían ejercer su misión caminando al lado de su pueblo

animándolos, participando de sus preocupaciones y buscando conjuntamente respuestas a los nuevos desafíos que la evolución de la humanidad plantea. Y si el camino a seguir es el de Jesús, creo que aunque sea un aspecto secundario, no se puede continuar más tiempo sin plantearse qué significado tiene hoy el desfile de obispos con sus ornamentos ostentosos: no me imagino a Jesús vestido de "persona singular" cuando nos predicaba su mensaje en el sermón de la montaña y en tantas otras ocasiones.

Y así enlace con la otra cuestión que me planteas. ¿Qué opino de la sociedad a la que nos estamos encaminando? Casi no sé qué decir. Es una sociedad que sufre, en la cual afloran continuamente las consecuencias de la mala gestión que los hombres hemos hecho del mundo que se nos confió. Hoy día los medios de comunicación nos han acercado al conocimiento del sufrimiento de casi todos los rincones del planeta. Conocemos mejor dónde radica el egoísmo, las ansias de poder y de dominio, el fanatismo de muchas gentes. Pero sabemos también de muchos hombres y mujeres de todas las edades y de todos los países que luchan para aliviar el dolor de los demás. La coherencia de vida, el servicio a los que sufren por cualquier causa, hoy día se admiran y valoran. El avance imparable de la ciencia y la técnica plantea nuevos interrogantes, suscita inquietud, pero ofrece caminos de esperanza para aliviar a esa humanidad que sufre. Y yo me pregunto: ¿no debería la Iglesia decir en algunas cuestiones que no tiene respuesta para esos nuevos interrogantes? Y si realmente cree que tiene la respuesta, ¿no debería ofrecerla más que intentar imponerla? Quizás el cristiano que recorre su camino tomando ejemplo y apoyándose en Jesús, no sea muy diferente de las personas que buscan respuestas a las mismas cuestiones pero a partir de otras confesiones o puntos de partida diferentes del nuestro.

Finalmente, si te apetece, ¿podrías contarnos algunos de tus recuerdos más dulces y más amargos en todos esos u otros campos?

En cuanto a mis recuerdos dulces o amargos creo que como todo el mundo he tenido varias experiencias. He vivido momentos difíciles. En ocasiones he experimentado la incompreensión y a menudo el peso de la responsabilidad que llevaba; pero el recuerdo de Jesús me ha ayudado en estos momentos. En otro orden de cosas, cuando murió mi madre (mi padre ya había muerto con anterioridad) tuve la sensación que ya no era "única" para nadie; sólo era única para Dios, ni mejor ni peor, pero "única". Y otro recuerdo y éste es "dulce",

son los encuentros con alumnos de la época que practiqué la docencia y con los que mantengo una amistad verdadera. Sinceramente, a pesar de todos los sinsabores, creo que la vida merece que la vivamos a fondo y con alegría.